

Benhur Sánchez Suárez: la vida en *Esta noche de noviembre*

JORGE EMIRO PINZÓN PINTO

Psicólogo y docente universitario.

*Esta noche de noviembre revive en mí
tu voz con ribetes de sentencia.*

BENHUR SÁNCHEZ

Llegamos a Ibagué rondando el mediodía y una llamada nos ubicó de inmediato en la zona y el edificio. Días antes habíamos quedado con el maestro Benhur Sánchez de visitarlo y conversar sobre el tema de investigación que nos ocupa por este tiempo. Al entrar a su apartamento nos recibieron el escritor y su compañera con una cálida y generosa bienvenida que, acompañada de un delicioso café de la región, nos hizo sentir cómodos, como en nuestra casa. Así es Benhur Sánchez.

Casi inmediatamente inició la conversación y al momento supe que algo se movía entre telones, que a la par de la conversación sobre el maestro Fernando Soto Aparicio se iba también tejiendo otra conversación, la de la propia existencia del maestro huilense, sus vivencias, sus motivos y sus reflexiones. Solo cuando ya de vuelta comencé a leer su relato *Esta noche de noviembre*, obsequio de Benhur, supe que esa conversación estaba ahí en esas páginas dibujadas con acontecimientos, sueños y añoranzas.

—*Esta noche de noviembre* es, como dicen algunos, un libro de confesión personal, un texto que permite entrar en la intimidad del autor a través de la conversación con Laura, la madre que se sigue añorando. Este

libro es confesión y es conversación sobrecogedora, como una catarsis necesaria...

¿Y si conversamos, Laura? Siento esa necesidad. O mejor, tú me escuchas y yo me hago a la idea de tenerte al frente, como antaño, para desahogarme. ¿No crees que sea bueno desnudarme ahora para revisar mi vida con ánimo enriquecedor, aunque corra el riesgo de hundirme en los lamentos o en la amargura de la insatisfacción?

Tú sabes que hay algo en mí que no me satisface, aunque tú no tengas la culpa. Quizá tampoco la tenga el universo de cemento y mediocridad en el que me ahogo ahora, ni la ansiedad por el paisaje que busco al final de este camino que no sé dónde culmina. Pero tú me enseñaste que la insatisfacción bien manejada, como la ambición controlada y creativa, impulsa al hombre por sendas de crecimiento y momentos de felicidad. Por eso mi convocatoria de esta noche para que me escuches y me limpies de ideas y fuerzas adversas, aclares mis dudas por lo que he hecho o haya dejado de hacer e ilumines de nuevo mi senda de mañana.

—Laura es el personaje de este relato. Es la mujer que escucha, es la madre sabia que ha permanecido en el tiempo dispuesta a decir las palabras precisas en el momento en que se precisan...

Es la propuesta que siempre se requiere hacer, hablar con quien lo escucha a uno, hablar con quien habla para acoger.

... Y muy a propósito de mi lectura de Vargas Vila y un comentario hecho... me pe-

diste que no hablara de oídas, porque no admitiste que mi reacción se fincara en los conceptos de Serafín y no en mis propios descubrimientos.

El fanatismo, me señalaste, es una forma de la ignorancia que no deja que seas tú mismo. Debes atisbar las caras posibles de las cosas, para que tengas una visión más clara y así puedas escoger el camino que consideres el correcto. Solo si conoces la opinión de los otros puedes aprender a refutarlos o, si te parece mejor, unir tus conceptos a los suyos.

Lo que digas debe brotar de lo más hondo de tus convencimientos y esperanzas.

—En esta conversación con Laura es inevitable que afloren sus recuerdos de la vida vivida, la niñez, la adolescencia en un pueblo que en ese momento no dimensionaba el mundo de la cultura y sus personajes...

Pitalito era entonces un poco la angustia de papá por vivir, tu Serafín de toda la vida, y tu angustia por hacernos vivir sin molestias ni carencias. El aire tenía el aroma de los ocos del parque y algo del olor de la guayaba se detenía en nuestra piel y fustigaba nuestro instinto... De nuevo hieren mis oídos las rancheras estridentes que madrugaban a inaugurar el día más importante de la semana, cuando tú salías con el sol para proveerte de lo necesario y asegurarnos las tres comidas diarias. También regresan las lluvias torrenciales de junio y el resoplido de los caballos alineados cerca de la tapia.

Pero... recuerdo el callejón de heliotropos florecidos que separaba nuestra casa de los potreros y el ganado de Ángel María Molina y de las cantinas ruidosas de los sábados. Por entonces, el ideal de la superación era estandarte en tus concepciones y en ella fincabas mi desarrollo y se acunaba tu esperanza.

Teófilo, mi profesor de literatura, estaba ahí para impulsarme a soñar, a leer y a escribir, lanza en ristre con su Quijote de la Mancha. Tenía el perfil del profesor que debe existir en los colegios y universidades del país,

—Como les sucede a casi todos los que escriben bien, las primeras lecturas resultan clave para perfilar los deseos del futuro escritor.

ese que yo pensaba asumir cuando saliera de la Normal Superior para enfrentar la vida. Bien diferente a mis otros profesores que siempre me negaron la posibilidad de la creación, me calificaron mal por mi letra y no por mis conocimientos y se burlaron de mis sueños y los de Serafín, bichos raros en el pueblo.

... Tampoco renegaste de tus padres porque te desheredaron cuando decidiste casarte con un músico, poeta, pintor y sastre, bohemio por añadidura. Mi viejo, Serafín, personaje de mi novela Memoria de un instante. ¿Recuerdas que lloré diez años con las diez versiones que tuve que escribir hasta lograr humanizarlo y volverlo personaje de novela?

Solo ahí logré valorar el heroísmo de tu vida, el cambio brusco que el destino te impuso al pasarte sin contemplaciones de ser consentida y mimada por mis abuelos, con fortuna y futuro asegurado, a la dura sucesión de madrugadas junto a tu máquina de coser para garantizar nuestro sustento...

—Como les sucede a casi todos los que escriben bien, las primeras lecturas resultan clave para perfilar los deseos del futuro escritor. En el caso de Benhur Sánchez, las lecturas que recorren los clásicos de la literatura, van desde *Los miserables* hasta la prolifera Corín Tellado...

Entonces sentí el impulso de quedarme en casa junto a la pequeña biblioteca de Serafín para abrir la puerta de esos mundos que permanecían a la espera de alguien que los recorriera curioso para la alegría del espíritu. ...

devoré sin ninguna guía de lectura, Barrabás, de Pär Lagerkvist; El judío errante, de Eugenio Sue; Los tres mosqueteros, de Alejandro Dumas; María, de Jorge Isaacs; El alma del pasado, de Arturo Suárez; El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde; Los miserables, de Víctor Hugo; La noche de San Bartolomé, de Ponson du Terrail; Madame Bobary, de Gustave Flaubert y una buena dosis de novelas del Oeste de Marcial La Fuente Estefanía. De tu taller extraje un puñado de historias que Corín Tellado publicaba en Vanidades, esa revista que tú coleccionabas para que tus clientes encontraran el modelo de moda y yo furtivo las raptaba para descubrir el esquema del rico con la pobre, o del pobre con la potentada, que Corín repetía hasta el infinito.

—Indudablemente, Laura resulta determinante para que usted tome, muy pronto, la irreversible decisión de seguir el camino de la escritura, de ser un escritor...

Siempre he creído que escogí el camino correcto porque tú me inculcaste, sin imposiciones, que cada cual debe responder a su vocación e oficio para eludir la amargura de una vida prestada y sin identidad.

Nunca me reprochaste que escogiera el camino de la literatura como mi forma de in-

sertarme en el mundo... Por el contrario, alentaste mis balbuceos y esperaste a que después de gatear por la palabra lograra en día deambulante erecto.

Tú me metiste en la literatura, no te rías.

Sin entenderlo, escribí unos versos que te leí junto a tu máquina de coser y creo que tu amplia sonrisa fue de aprobación y con ella sellaste mi destino.

En verdad, Laura, no sé qué hubiera pasado conmigo, si hubieras sido distinta. Con seguridad hubiera seguido con mis cuentos y novelas, porque tú sabes que existe la vocación y yo nací marcado por la pasión de escribir. Lo cierto es que no me demoré en seguir mi vocación por la condescendencia de tu ayuda y el ambiente con que tú y Serafín nos rodearon desde niños.

En tu nombre no he hecho otra cosa que soñar con una gran obra y en ello me afano y me encanezco.

—Pero hubo un primer libro, siempre hay uno, que como suele suceder queda solo para contarlo, como anécdota...

Con los primeros textos que escribí en la máquina que Serafín usaba en la alcaldía, conformé un tomo único... Eran palabras rojas o negras según el desgaste de la cinta de esa má-



quina de escribir. Le puse pasta de cartón. La portada la ilustré con un autorretrato a pluma y su interior lo dividí con dibujos míos de mujeres desnudas y paisajes lunares. Quedó como un bello volumen. Lo titulé Después del recuerdo. Cuando lo observé acabado sobre mi mesa empecé a sentir que podía llegar a ser algún día escritor.

Tenía 17 años, corría el año 1963, terminaba mis estudios secundarios y creo que tú presentías mi desarraigo, mi ambición de volar por cielos más abiertos.

—Serafín, su padre aparece tras bambalinas, pero a medida que transcurre el relato, va creciendo también en importancia e influencia...

... Quizás también, recordabas cuando mi padre Serafín Sánchez, fue puesto preso por sus ideas de libertad y en tu piel se erizaba de nuevo la imagen de mi abuelo.

... Tal vez imaginaste que la limitación de Serafín fue no haber recibido un cartón de estudios, a pesar de la sabiduría que sus lecturas y su dedicación personal habían marcado en su semblante, y al verme metido entre libros de gramática o de química en la Normal Superior, pensaste que mi camino iba a ser más claro y menos duro...

... ¿Recuerdas que Serafín comentaba que Marina era novia natural de cada nuevo comandante del puesto de policía? Tú sabes que papá era muy sarcástico y utilizaba otras palabras para indicar cada relevo y tú te reías, yo no sabía si de su chiste o de mi asombro, pues me era difícil contrastar su desfachatez con la ternura de su sonrisa...

... Después Serafín comenzó a llevarme a sus tertulias con sus amigos donde, acurrucado en un rincón, presenciaba sus discusiones literarias... Aún me parece escuchar la voz grave de Jorge Correa Palacios que dejaba transcurrir, con acentos pausados y precisos, el “Nocturno”, de José Asunción Silva; la “Canción de la vida profunda”, de Porfirio Barba Jacob; “Éramos tres los caballeros”, de Alberto

Ángel Moya; “La casada infiel”, de Federico García Lorca; y “Si quiera se murieron los abuelos”, de Jorge robledo Ortiz...

... A veces los bambucos y pasillos, que Serafín componía con su bandola, se aquietaban en la mirada turbia de sus contertulios... El sábado era entonces un día memorable.

... Serafín era escritor, pero yo no lo veía así, sino como a un papá que escribe... y su humildad era tal que, por entonces, me pasaba sus escritos para que se los corrigiera. Mi maestro se bajaba a mi nivel y me pedía que le ayudara. ¿Cómo podía sospechar entonces que él quemaría todo cuanto había escrito, frustrado ante la indolencia de sus contemporáneos?

—Trabajar en otros oficios como empleado y escribir como oficio de fin de semana ¿retrasó los desarrollos de su obra?

Cuando se es escritor de fin de semana o de tiempo libre, como sucede conmigo, por trabajar en otros oficios para conseguir lo del sustento, se corre el riesgo de perder continuidad o se hace más largo el proceso para llegar a la obra terminada.

—Y su relación con lo político y lo ideológico, en su obra y en lo personal, le ha procurado también uno que otro tropiezo...

... Sucedió, Laura, que a un gringo, Raymond Williams, santo y sabio, como los vemos cuando los recibimos, e invaden con sus nobles propósitos, se le ocurrió ver en mi obra, a través de sus esquemas, un carácter político manifiesto y acuñó ese concepto sin que hasta ahora alguien haya intentado desvirtuarlo:

El cadáver —dijo—, como La noche de tu piel, es una novela de índole abiertamente ideológica. Es una llamada a la toma de conciencia por parte del proletariado.

A este comentario se sumaron otros locales como el de Diógenes Fajardo diciendo: El análisis del texto (Venga le digo) desde la perspectiva de lo referencial, lo artístico y lo estético, permite comprender que este relato maneja un discurso ideológico que se sitúa en un espacio intermedio entre la historia y la literatura.

Pero yo no soy político. Mucho menos demagogo, y tú lo sabes, Laura. Reflejar la realidad no es sinónimo de discurso partidista, de proclama o de pancarta, ideas tan en boga por los años sesenta, cuando comencé a mostrar mis primeras producciones. Aún hoy se manejan estos calificativos. Con ellos se intentaba desacreditar autores, descabezar futuros y se hacía énfasis en lo dicho y muy poco en la forma de decirlo. No se indagaba con nuestra obra en el arte de escribir, sino en quien era contestatario para tildarlo de izquierdista o comunista y desterrarlo de los olímpicos en que se dividía la patria literaria.

—Pero abordar temas como la violencia, necesariamente pasa por tocar temas políticos.

Sí claro, pero paradójicamente, quienes navegábamos el tema de la violencia y la realidad del país fuimos mirados con desprecio y se nos tildó de provincianos ignorantes.

... Pero no era así, y tú lo sabes. Ni La noche de tu piel, mi primera novela escrita, ni El cadáver, publicada en España, ni Venga le digo, novelas que tú leíste incrédula y orgullosa, son obras partidistas sino de un hondo contenido social, que no es lo mismo. Son solo reflejos de la conducta humana y no conducción del pensamiento.

—Algo similar también en relación con la ética y los aspectos morales...

Entonces pensé, mientras comíamos, en tantos que andan por medio mundo burlándose de otro medio.

He descubierto, Laura, que el engaño hace parte de nuestra cultura, te comenté para sostener la conversación, y tomé el libro preciso de uno de los anaqueles de mi biblioteca.

Te leí:

Algunos afirman tranquilamente: los primeros veinte millones se hacen de cualquier manera, que la honradez viene después, poco a poco; haga plata y no explique cómo.

Así lo escribe el jurista Horacio Gómez Aristizábal, al exponer las características del

Por eso no es bueno ser dos personas a la vez, una que escriba y otra que viva, concluiste, tus manos artríticas sobre la mesa, tu mirada fija en mí como si auscultaras mi comportamiento.

hombre colombiano, te comenté, acariciando el lomo del volumen.

También yo escuchaba en la plaza de mercado, me replicaste, esta copla, a manera de sentencia, que tu papá recitaba en chiste algunas veces:

*Consigue plata, hijo mío,
consíguela honradamente
y donde no te vea la gente
consigue plata hijo mío.*

Así somos. ¿Cuántos no predicán una cosa y en privado practican su contrario?

Por eso no es bueno ser dos personas a la vez, una que escriba y otra que viva, concluiste, tus manos artríticas sobre la mesa, tu mirada fija en mí como si auscultaras mi comportamiento.

Sí, Laura, uno debe ser íntegro... Muy pocos son sinceros en la amistad. Algunos, bien escasos, son íntegros en su vida y en sus obras.

Tal vez por eso yo prefiero, Laura, el prestigio antes que la fama. Con el prestigio se gana respeto, se preserva la libertad y el mundo íntimo que es tan caro al acto de crear.

—¿Y la importancia de la crítica, de los críticos y el valor de los premios?

Decidí enviar La noche de tu piel, mi primera novela, al concurso nacional que patrocinaba Esso Colombiana. Había firmado con el seudónimo de XO. Fui seleccionado para el premio. Algunos dijeron que los jurados se habían equivocado conmigo, porque en las no-

ticias atribuían mi original a Manuel Zapata Olivella, ya figura nacional, y se encontraron con que había disputado el premio con Héctor Rojas Herazo, también pilar de nuestra historia literaria contemporánea. Aún no sabían que el autor de esa novela era un maestro de escuela, provinciano por añadidura. Los más acerbos detractores de mi primer éxito fueron tus vecinos de antaño. Tal vez no lograban admitir que el hijo de un sastre y una costurera pudiera llegar a figurar tan alto... Salí seleccionado en España en 1968 con la misma novela, en el premio Planeta, en compañía de Fernando Soto Aparicio, otra figura nacional de gran renombre. Al mismo tiempo, volvía a figurar en el premio Esso con mi segunda novela La solterona.

Hoy, la verdad, Laura, esos comentarios (de críticas malaleche) me desequilibran porque interfieren en el proceso natural que, por ser un acto de comunicación, debe cumplir la literatura: yo escribo, este es mi libro, alguien lo divulga y tú me lees, te agrado o me rechazas. O cuando, por indiferencia, se hacen los sordos y ciegos para que no se conozca mi trabajo. Y tú sabes, Laura, que la indiferencia es otra forma de maltrato y una manera de perseguir a quien trata de hacer bien el oficio que le ha correspondido. Como tantos trabajos e historias sobre la literatura colombiana, donde no se encuentra el menor atisbo de la existencia de mi trabajo literario.

Sé que uno debe sentir orgullo por lo que hace, y sobre todo si lo hace bien, pero no hasta el punto de despreciar a los otros.

—El papel y el sentido de la escritura, así como el escribir, son para usted actividades humanas imprescindibles, desde siempre, como que, si no se hicieran, el ser humano no trascendería...

Quiero decir que la manía de pasar al papel lo que me sobrecoge o entusiasmo sigue siendo el impulso que amontona palabras en los archivos de mi computador, sin proponerles un destino al desahogo.

A raíz de una discusión contigo, Laura... comencé a entender que la literatura no es solo escribir, sino también pintar y por eso es arte. Lo que le queda a uno de los libros no son las palabras, sino ciertas imágenes y algunas escenas que acuden a la memoria con cautivadora persistencia.

... Pero, si la literatura es un oficio, hay que aprender a manejar la materia y la herramienta. Hay que saber pulir el texto para lograr la feliz conjunción entre lo que quiere decir y la palabra escrita.

Por eso cuando me preguntan, Benhur ¿ya escribiste las diez cuartillas de hoy?, sé que aluden a mi disciplina y no a que invente cada día unas nuevas. No. No las invento a diario y tú lo sabes. A diario reinvento las ya escritas. Las reescribo. Voto las diez de ayer, entierro las de hace años aunque, sin que me lo proponga, renazcan en la pantalla como si me enrostraran el olvido.

Aún tejías con tus manos retorcidas pequeñas carpetas en croché, remendabas mis camisas y ponías los botones que le faltaban a mis pantalones. Mi trabajo me daba por fin el prestigio que tú soñabas y te sentías orgullosa porque mi mundo personal comenzaba a girar en el universo de la literatura.

—Hay un especial afecto suyo por los talleres literarios y en especial por Contracartel.

Siempre me han gustado los talleres literarios. A ti te gustaban, no lo niegues. Te alegraba que nos reuniéramos los sábados en el apartamento, aunque renegabas al final porque la mayoría terminábamos borrachos. En el fondo sabías que eso de la lectura y el licor hacían parte de nuestro desahogo... O tal vez sentías que Serafín caminaba en nuestro grupo y en nuestras risas él también se reía y en nuestro llanto nostálgico también él lloraba las negaciones de su vida.

Yo hice mi primera tertulia, a manera de taller, en la casa paterna, ¿la recuerdas? Estaba a punto de ser Maestro Superior y había formado un grupo que llamábamos Los desa-

daptados. Sin saber aun lo que significaba el nadaismo ni por qué los papelípolas andaban de pueblo en pueblo haciendo recitales, habíamos asumido actitudes parecidas.

Me gustan los talleres literarios. Yo fui criticado por, Laura, por entrar a participar en el taller literario Contracartel en 1980... cómo un escritor como yo, que había publicado varios libros, toma parte activa en un taller de principiantes, Contracartel, que fundaran en 1978 Alonso Quintín Gutiérrez, Joaquín Peña Gutiérrez y Andrés Elías Flórez Brum.

Lo que sucedió, Laura, es muy simple: yo tuve un éxito literario prematuro en 1967 a los 21 años, pero eso no garantizaba que hubiera logrado la maestría necesaria para sentirme todavía escritor.

... Por eso soy afecto a los talleres literarios. Quizá no tanto aquellos de corte académico y currículos, sino los del ejercicio libre del manejo de la palabra y la lectura, donde se comparta la creación, en consenso se busquen los errores y en definitiva cada cual decida lo que debe hacer con su trabajo... Por eso me enorgullezco de pertenecer a la historia del taller literario Contracartel y de ser un aprendiz de escritor, un principiante permanente...

De pronto nos damos cuenta de que el tiempo ha pasado demasiado rápido, porque ya es la tarde y porque un tercer café nos lo indica. Quisiéramos seguir conversando con el escritor, con la persona, con el ser humano, pero los otros compromisos adquiridos nos lo impiden y comprendo que me falta tiempo imaginado para abarcar todo el universo escrito en su relato. Entonces el maestro Benhur y yo cerramos esta conversación paralela acudiendo nuevamente a *Esta noche de noviembre*:

Por eso estoy aquí, solo en esta madrugada, desgarrándome, como si compartir catorce libros no fuera suficiente, como si acumular treinta años detrás de la palabra justa fuera un soplo, un mínimo rayo de luz en el imperceptible pestañeo del tiempo.

Gracias maestro... 

Referencias

Sánchez, B. (2003). *Esta noche de noviembre*. Bogotá: Editorial La Serpiente Emplumada.

El trasfondo social que pone en jaque al espectador en la película *La mujer fantástica*, de Sebastián Lelio

LUISA FERNANDA TRUJILLO AMAYA

Docente de Creación Literaria, Universidad Central, poeta y ensayista.

Durante el mes marzo de 2018 tuvimos la oportunidad de ver en las principales salas del país la proyección de las películas nominadas a los Premios Óscar de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood. Quienes como yo somos seguidores de las nuevas producciones cinematográficas vimos en el film *La mujer fantástica*, dirigido por Sebastián Lelio, una producción que se distinguía por su planteamiento social, su impecable guion y la excelente actuación de su protagonista transgénero, Daniela Vega, quien encarnó el personaje protagónico de Mariana.

En una primera lectura, la película nos cuenta la historia de amor de una mujer transexual y un hombre heterosexual, bajo el acertado tratamiento del melodrama; sin embargo, al desentrañar el tejido de la historia, su argumento va más allá de eso. A través de una impecable actuación, la protagonista subraya aquellas rutas infranqueables de la intimidad del ser humano y de la exposición social en una sociedad ideológicamente uniformada, que le juega a la hegemonía de los valores, bajo una creencia que conlleva el mantenimiento de la incompreensión, la intolerancia y la no aceptación de la diversidad que somos. No en vano *La mujer fantástica* fue seleccionada para competir por el Oso de oro en Berlín,

festival en el que se llevó el premio a mejor guion cinematográfico; asimismo, fue galardonada como mejor película de habla no inglesa en la 90.^a edición de los Premios Óscar y ganadora en la categoría de mejor película iberoamericana en la 32.^a edición de los Premios Goya.

Pero, para poder hablar de ella, hay que ir por partes. ¿Quién está detrás de esta película que lleva un nuevo Óscar a Chile, después de varias nominaciones a algunas películas como *Actas de Marusia* (1976) y *Alsino y el cóndor* (1982), de Miguel Littin; *Historia de un oso* (2014), de Gabriel Osorio y Patricio Escala; y *No*, de Pablo Larraín (2012)? En Colombia, el trabajo más reconocido de Sebastián Lelio es su anterior película, *Gloria* (2013), que narra la compleja psicología de una mujer de clase media que enfrenta su soledad y los cambios físicos que la alejan del estereotipo de belleza establecido y que, a sus sesenta años, tras una separación, no renuncia a encontrar el amor. Esta obra fue vastamente galardonada y comentada por la prensa y crítica internacional.

Lelio es un director que ya nos había demostrado su coraje y dignidad para tratar temas de difícil aceptación social en Chile desde su primer largometraje llamado *La sagrada familia*, película en la que cuestio-

na las relaciones familiares y su estructura como micropoder dinamizador del canon social. Sus películas han tocado conflictos, prejuicios y la doble moral que en las sociedades de hoy deriva en hipocresía. De esta manera, propone un ejercicio de los valores, en el que las personas se debaten entre las posibilidades de comunicación que les ofrece el desarrollo de las nuevas tecnologías y la comunicación global de la homogenización de los comportamientos que mantienen el *statu quo*.

El cine de Sebastián Lelio lleva al espectador a cuestionarse y replantearse hasta dónde su postura alimenta el miedo o hasta dónde prefiere cubrirse de una coraza, en apariencia protectora, pero que no es más que defensiva, reactiva ante una realidad que nos supera: la realidad del propio “yo”. En sus películas la estrategia se aleja de la denuncia para extraer de la cotidianeidad las situaciones que se transforman en dilemas sociales. Los personajes —o, mejor, personas del común— hacen que el espectador se identifique con ellos en su cotidianidad. Todo es común en sus recursos, pero un “común” que se oculta o se niega socialmente. Mediante sus personajes, Lelio consigue que ante la pantalla emerja aquello que somos. Cada personaje se asoma como una señal que anuncia al espectador: “no soy yo, puedes ser tú, eres tú. ‘Yo’, el personaje, solo represento aquí, en escena, lo que llevas por dentro, lo que eres”. Cada escena nos toca, cada parlamento hace parte de lo que en algún momento de la vida un espectador dijo o escuchó decir en alguna situación similar. Cada dilema expuesto es un elemento social de la vecindad que nos circunda, de la relación y aceptación por el “otro”, como una piedra en el zapato de cada caminante al regresar a casa.

Mariana, el personaje protagónico, se nos presenta como una mujer joven, dueña de los encantos otorgados por una femi-

Hasta aquí la sonrisa complaciente del espectador que come crispetas en el cine. Esta sonrisa se desvanece en el momento en que la pantalla nos devela que el hombre del cual está enamorado Mariana estuvo casado por más de treinta años, que es separado y, además, que ella es transgénero.

neidad conquistada, cultivada y exquisita, que en el día trabaja de mesera en un restaurante y en la noche canta en un bar, que estudia, ama y vive como cualquiera y que mantiene una relación amorosa con un hombre del común. Su relación expone los sutiles encantos del coqueteo, del acompañamiento en pareja, como cualquier relación romántica que el espectador haya vivido o asumido en su cotidiano. Hasta aquí la sonrisa complaciente del espectador que come crispetas en el cine. Esta sonrisa se desvanece en el momento en que la pantalla nos devela que el hombre del cual está enamorado Mariana estuvo casado por más de treinta años, que es separado y, además, que ella es transgénero. Su relación, por lo tanto, es clandestina, secreta, no aceptada. De inmediato la atmósfera en la sala de cine cambia y, entonces, al lado de la silla ya no se siente a un espectador relajado y dispuesto, ahora se percibe un ambiente tenso, acorde a la escena de la noche en la que el coprotagonista muere de un infarto en la cama, al lado de su amada Mariana.

Todo aquello que la sociedad convierte en “florero de Llorente” para poner a prueba sus valores, que se vuelve cimienta para abanderar la exclusión justificada en la necesidad de sentirse poderosos e inmunes, especiales o, en el peor de los casos, corrientes, “normales”, se subvierte en esta película a través de Mariana en tres órdenes esenciales: de un lado, la pareja hombre-mujer, constituida legalmente como baluarte de una sociedad patriarcal, monogámica y heterosexual. En segundo lugar, el rol, el estatus de la mujer esposa y madre y el de la mujer amante, en contraposición a la mujer abnegada, que acepta un matrimonio sucumbido, en apariencia sostenido socialmente. En tercer lugar, la relación entre un hombre heterosexual que se enamora de una mujer transgénero.

El espectador, desprevenido sobre el tema amoroso, se inhibe y cuestiona la transgresión de género en las relaciones amorosas. En este momento surge una pregunta: ¿cuál es el límite emocional y moral que nos impide comprender y sentir al “otro” como similar en su diferencia. Este es un límite del que hablaron Foucault y Deleuze, filósofos que llegaron a una conclusión similar: en la sociedad contemporánea, cuyas culturas y políticas tienden a fusionarse, en la que las ideologías naufragan

y las narrativas tienden a uniformar el pensamiento, el límite deja de ser una línea divisoria y clasificatoria; este ya no se concibe como categoría, sino como la negación de la simbolización de la realidad, de la posibilidad plural que designa la visión democrática de la vida y del devenir humano.

No obstante, existe aún un trasfondo importante en la película de Sebastián Lelio. *La mujer fantástica* subvierte no solo las relaciones amorosas a partir del género, sino también las instituciones que soportan el *statu quo*, como lo mencioné anteriormente. Los estamentos judiciales y el ejercicio de poder ponen en riesgo los derechos adquiridos, pues los hijos del difunto pretenden sacar a Mariana a la fuerza del apartamento donde vivía con su novio. Asimismo, ocurre con el rechazo social que suscita su asistencia al entierro o la insistente pesquisa de quien, en apariencia, quiere ayudarla desde el oficio de trabajadora social y policía. *La mujer fantástica* representa lo que una dictadura militar deja en la sociedad en un país como Chile y abre la discusión en la intimidad social, único espacio propicio para debatir y posibilitar el cambio hacia una sociedad verdaderamente democrática e incluyente, en la que las diferencias no nos separen, sino que nos unan bajo el lema del amor y la aceptación. ■■